

pesina se asoma al bullicio y algazara ciudadanos, salva esa dificultad con raros aciertos. Véase, sino, cómo ya en poblado la acción no pasa del suburbio, es decir, no abandona nunca el escenario propicio.

Hasta ahora, las narraciones de la vida gaucha en primera persona, prestaban a sus personajes el lenguaje, pero no el espíritu de los gauchos. Tenemos el ejemplo del *Fausto*, de Del Campo. Güiraldes hace lo inverso, que es mucho más difícil. Les presta un lenguaje culto — cuando no se traduce en diálogo sabroso y exacto — pero les conserva intacta el alma original. Y esto es lo que le da un valor documental.

Lástima que libro tan logrado, revele cierto descuido en la escritura. Los errores saltan a la simple lectura. Así, en la página 10, líneas 8 y siguientes, dice: « Con los párpados caídos para no ver las cosas que me distraían, imaginé las cuarenta manzanas del pueblo, sus casas chatas, divididas monótonamente por calles trazadas a escuadra, siempre paralelas o verticales entre sí. » Es evidente que debió decir: « siempre paralelas o perpendiculares entre sí ».

Asimismo, la ortografía y la puntuación dejan mucho que desear, salvo, naturalmente, en aquellas palabras desfiguradas adrede para adecuarlas a la fonética criolla.

Pero estos son detalles nimios, que se corregirán seguramente en una nueva edición más prolija. La perfección misma del libro así lo exige.

Yo no conozco a Güiraldes más que de vista. Lo he conocido en los Amigos del Arte, teniendo como fondo unos cuadros de Van Dongen. Estaba en el salón tan a sus anchas como en un rodeo. No sé si él ha vivido en realidad todas las peripecias de sus héroes; pero las ha sentido y hecho sentir, y eso es lo esencial. Y en llegando a la ciudad, puede convertirse con idéntica facilidad en el intelectual, en el refinado.

No creo que haya mayor gloria para un argentino.

L. Hurtado.

1926.

*Farsa eugenesia*, por JOSÉ GABRIEL. Calpe J. Ugoiti. Buenos Aires, 1927.

José Gabriel, periodista inteligente y culto, crítico de talento que acaba de obtener con *Vindicación de las artes* un triunfo sonoro, ha publicado inesperadamente un libro raro y apasionante.

*Farsa eugenesia* es un drama de tesis, en donde ha volcado ideas y personajes de una fantasía que impresiona, y de una realidad que conmueve.

A través de la trama compleja, el autor nos interesa por sus ideas francamente reaccionarias en lo que respecta a las relaciones sexuales. Se burla des-

piadadamente de los recursos de la ciencia ante el misterio enorme de los problemas de la herencia, y utiliza en su farsa al doctor Pirulero, para cargar en él todos sus recursos satíricos.

Es un pobre médico, ignorante y necio, vanidoso y grotesco, presidente de la «Sociedad eugenésica para la regeneración universal», enfermo de una rara manía biológica que le hace contemplar el mundo y las relaciones humanas, prescindiendo del pudor y de los principios elementales de la moral corriente.

Contra esta manía, en la cual el autor intenta caricaturizar una tendencia social contemporánea, reacciona por intermedio de Enzo, un personaje trabajador y simpático, lleno de amor para todos y víctima de todos, el único que comprende y el único capaz de sacrificarse por los demás.

Al lado de ellos, y cerca de una comparsa de hermanos semisalvajes y grotescos, se destaca un personaje inquietante: Romilda, que parece extraída de una comedia de Shaw.

Es la madre y la esposa, pecadora en la acción, moralista en los discursos, que obra inconscientemente, por reacciones, en su afán de eludir lo vulgar y lo ridículo del mundo que la rodea.

Se ha dicho en estos días que el drama de Gabriel es *antiibseniano*.

No sería prudente discutir la significación novísima del término, pero si se entiende por ello una solución contraria al problema de *Casa de muñeca*, es indudable que el autor ha conseguido con éxito pleno, enredar en el argumento su ideología antiliberal y conservadora.

«Desde que la Nora de Ibsen — dice en el cuarto episodio — con su aire de tragedia exclamó: «¡Quiero vivir mi vida!», vivir su vida ha sido el grito unánime de la mujer. «¡Quiero vivir mi vida!» clamaba la heroína del dramaturgo noruego, y las mujeres de todo el mundo claman a coro: «¡Quiero vivir mi vida!», «¡Quiero vivir mi vida!» Han encontrado la frase de efecto.»

Más adelante, prosigue Enzo:

«No hablemos de los hombres. Han hecho moral de su vicio y todos están conformes con su moral. Hablemos de las mujeres, que aunque también saben andar ya con desenfado en amoríos, su vicio aun no está sancionado y se presta a la reflexión.»

Pero, si José Gabriel ha conseguido combatir con éxito la tesis de *Casa de muñeca*, Ibsen, a su vez, lo ha conquistado como artista.

*Farsa eugenesia* es un drama ibseniano, de parlamentos largos y de personajes contradictorios, cuya lucha de intereses adquiere el cariz de una contienda social.

Enzo es el idealista, el poseedor de la verdad y el solitario, en torno del cual gira todo el drama; Romilda, la mujer fuerte que, como Nora, abandona el hogar.

La situación es distinta, pero el resultado es el mismo. Usando una frase, hoguño corriente, y que hubiera provocado barricadas en el siglo pasado, podríamos decir que aquel hogar estaba *podrido de libertad*.

Antes de terminar es bueno que dejemos constancia de que *Farsa eugenesia* es un drama representable, aunque, en nuestra opinión, sobren notas y falten diálogos.

Esperemos que no tardará en llegar el día en que podamos aplaudir desde la platea este drama robusto y sano, de una profunda sugestión y de una legítima nobleza artística.

Eduardo R. Vaccaro.

*El capitán Vergara*, por ROBERTO J. PAYRÓ.

Un tantico retrasada parece esta nota dedicada a dar noticia de la aparición de la obra de don Roberto J. Payró. Mas forzando un poco los linderos de la monda crónica bibliográfica tratará de colocarse ella, sino en los dominios de la crítica (puntos para tan alta empresa su autor no calza) por lo menos en los del comentario que a nadie está vedado.

Hecho corriente es entre la gente dedicada a los poco pragmáticos menesteres literarios, desmenuzar y hacer pepitoria de las obras de algún valor, y sube de punto este deseo y se la esconde y tiende reciamente cuando ha sido, como en este caso, premiada, sino por el más apto, por el más alto jurado como es el que se entiende en este asunto del otorgamiento de premios nacionales. También a mí, pues, me acucia el deseo de decir tres palabras sobre la obra que está en el tinglado, mas me encuentro de buenas a primeras con innúmeras dificultades, pues amén de la de mi inopia de ejecutorias que autoricen mi juicio, se presenta súbito la del criterio con el cual ha de encararse el estudio. ¿Debe hacerse él considerando la obra como una novela histórica, literaria o psicológica? Yo entiendo que los tres criterios deben unirse en buen amor y compañía y hacerse uno (uno y trino diría un teólogo), porque no se comprende que pueda juzgarse de valores independientes en un libro que si tiene valor, es precisamente porque los valores parciales están en función unos de otros.

Principiaré por el valor histórico. Diré en primer término que en lo fundamental el autor ha tratado el asunto con buena manderecha. Se ha informado